
*CIENCIA POLÍTICA Y REFORMA POLÍTICA DE ALMA EN ALMA **

Samuel P. Huntington

Los científicos políticos desean hacer el bien. Desean difundir el conocimiento sobre la vida política, pero también desean utilizar el conocimiento para la reforma política. Generalmente esto significa el deseo de promover "la democratización". Históricamente la democracia y la ciencia política han tendido a desarrollarse juntas. En forma modesta, la ciencia política puede contribuir al surgimiento de la democracia. La reforma política tiene un mejor éxito si ocurre de manera gradual, en el espíritu de "de alma en alma".

Permítanme comenzar con lo que tal vez sea una observación inestable e incluso sorprendente acerca de nuestra profesión, o una observación que yo deduzco de cuarenta y cuatro años de observar el trabajo de los científicos políticos: en términos generales los científicos políticos desean hacer el bien. Para mitigar el impacto de esta declaración, permítanme agregar rápidamente dos puntos más. Primero, el que los científicos políticos quieran hacer el bien no significa que realmente hagan el bien. Pueden fracasar miserablemente en la realización de sus intenciones, sin embargo esto no significa que ellos hagan el mal.

Segundo, por querer hacer el bien no quiero decir que los científicos políticos quieran simplemente ampliar nuestro entendimiento de política. Lo que los científicos políticos quieren hacer es un llamado profesional de la ciencia política. La expansión del conocimiento es, por supuesto, un bien en sí mismo y puede ser buscado como tal. Lo que estoy sugiriendo es que los científicos políticos quieren acrecentar nuestro conocimiento de la política debido a que

* Este ensayo fue presentado el 3 de septiembre de 1987 en la LXXXIII Reunión Anual de la Asociación Americana de Ciencia Política en Chicago. Tomado de *American Political Science Review*, vol. 82, no. 1, marzo de 1988. Traducción de Elena Isolda Osorio y Héctor Zamáiz.

ellos generalmente ven o sienten un enlace entre esta expansión del conocimiento y la difusión de metas sociales o propósitos públicos. La naturaleza exacta de estos propósitos varía, por supuesto, entre los miembros de la profesión.

Los más importantes son la promoción de la justicia, el bienestar, el orden, la equidad, la libertad, la democracia, un gobierno responsable, la seguridad de los individuos y de los Estados, la conciliación de grupos, la paz entre las naciones. En cierta medida estas metas pueden ser incluidas en la categoría de los bienes de la ciencia política que Roland Pennack elaboró hace dos décadas (1966, 415-34).

En circunstancias particulares estas metas pueden crear problemas entre ellas. Sin embargo, pocas personas podrían negar la legitimidad fundamental de cualquiera de ellas, incluso si estuvieran en total desacuerdo sobre su relativa prioridad en situaciones donde se tiene que optar por alguna. De hecho, es difícil pensar en un trabajo mayor que el de la ciencia política que no esté inspirado de alguna forma remota o directa por uno de estos propósitos. La ciencia política, en resumen, no es sólo una disciplina intelectual, sino también moral. Albert Hirschman (quien, hago notar, fue elegido muy merecida aunque tardíamente miembro de la Academia Nacional de Ciencias la primavera pasada) observa que la moralidad "forma parte del centro de nuestro trabajo; y se puede obtener sólo si los científicos sociales se encuentran moralmente vivos y son ellos mismos vulnerables a las preocupaciones morales —es entonces que producirán trabajos moralmente significativos, conscientemente o de otro modo" (1981, 305). De esto se deduce que los trabajos sobre ciencias sociales deberán ser juzgados no solamente por su mérito intelectual, sino también por las contribuciones que han hecho para lograr propósitos morales. Podemos admirar intelectualmente los análisis "limpios" y altamente sofisticados, cuantitativamente o no, de los asuntos esotéricos escolares; pero de manera implícita no les otorgamos el mismo estatus que damos a los trabajos de Dahl sondeando las condiciones previas de la democracia, o de Walzer argumentando la naturaleza de una guerra justa, de Verba iluminando las dimensiones de la igualdad o de Horowitz explorando los caminos para resolver los conflictos étnicos.

La frase "hacer el bien" es más bien arrasadora en su propósito, porque podría abarcar toda clase de metas públicas y personales, políticas o no políticas. Esto también conlleva a una impresión algo blanda. Permítanme, por lo tanto,

renunciar a aquella frase y en su lugar emplear un énfasis más directo acerca de hacer el bien en lo político, esto es, la reforma política. Por reforma política me refiero al aumento de libertad gradual y generalmente negociada, a la justicia, a la igualdad, a la democracia y a la responsabilidad política. El ímpetu de hacer el bien en el sentido de promover la reforma política está, yo argumentaría, implantada en nuestra profesión.¹

La relación histórica entre la ciencia política y la reforma política debería hacerse notar, pues tiene un significado específico en el contexto americano. El surgimiento de la ciencia política "fue parte de un movimiento de expansión de la Reforma Progresiva en la vida intelectual y política Americana" hacia fines del siglo diecinueve. Entre las principales figuras de la ciencia política destacan: A. Lawrence Lowell, Woodrow Wilson, Frank Goodnow, Alber Bushnell Hart y Caharles Beard, quienes fueron asociados con el Movimiento Progresivo (Huntington 1974,7). "Para nombrar el papel de los científicos sociales distinguidos en la era progresiva", Richard Hofstadter afirmaba: "es leer una lista de hombres prominentes en su crítica de cabales intereses en su aporte para reformar las causas" (citado en Huntington, 1974,5).

Esta particular asociación histórica entre la ciencia política y la reforma política se sustenta en bases lógicas. La ciencia política, como Lowell y Wilson enfatizaron, es o debería dedicarse al estudio de las realidades políticas, el como y el por qué del comportamiento político. Este considerable énfasis sobre exploración empírica de las realidades de la política tiende a llevar a los científicos políticos en dos direcciones. Primero, la política tiende a ser extremadamente compleja y ambigua, por tanto no sólo no existen en términos generales soluciones obvias y simples a los problemas políticos. La naturaleza de la política tiende a reforzar las tendencias no ideológicas, no doctrinarias, y las tendencias pragmáticas entre aquellos que la estudian. Ahora, obviamente, no quisiera profundizar mucho en este argumento. Todos nosotros conocemos politólogos —muchos de ellos admirados— que son ideólogos aunque no doctrinarios, y que han avanzado de manera simple mas no simplista en la solución de problemas complicados. Únicamente argumento que la lógica del cuestionamiento político trabaja en dirección opuesta, no que todos sean necesariamente pensadores por esta lógica.

¹ Ariel Dorfman, citado en *Campus Report* 1986, 1: 8; Pierre L. van den Berghe citado Berghe citado en Adam 1971, 118.

Segundo, mientras que la exploración de la realidad política —entiendo las cosas tal y como son y el por qué son así—, puede empujar a los científicos políticos hacia una dirección conservadora, y tender también a dejarlos insatisfechos. Sabiendo cómo funcionan las cosas en la práctica puede únicamente recordarnos de la gran brecha entre ello y cómo debería de funcionar en teoría. A medida que los científicos de la política rápidamente descubren el comportamiento de los políticos, de los burócratas y de los votantes, las operaciones de las instituciones y de los procesos políticos dejan mucho que desear. En cierto sentido, los científicos políticos sufren una intensa adaptación disciplinaria mucho más amplia dentro de la escala que yo alguna vez llamé la brecha *IvI*. Por lo que una respuesta no natural a esta brecha de parte de los científicos políticos está, implícita o explícitamente, para sugerir formas para reformar las cosas, usualmente modestas y ocasionalmente prácticas. Alguna vez dijo Quincy Wright que después de una "educación general en la ciencia política... es difícil observar cómo un científico político pueda ser ya sea Nazi o Comunista" (citado en Ricci 1984, 170).

Por consiguiente, el estudio de la ciencia política tiende a destacar al mismo tiempo lo que está mal respecto a la política y lo que es tan difícil, complejo, tedioso, ambiguo e incierto de corregir. Los científicos políticos llegaron a aprender muy bien la verdad detrás del famoso lamento de Oxenstierna: "si sólo supieras, hijo mío, con qué poca sabiduría es gobernado el mundo". Pero ellos llegaron a aprender igualmente bien la verdad bíblica familiar de que "los niños de este mundo son en su generación más sabios, que los niños de la luz". El problema de combinar estas dos verdades o perspectivas es probablemente más dramático en nuestra enseñanza. ¿Cómo hacemos a nuestros estudiantes sabios en materia política sin desilusionarlos al mismo tiempo sobre el tema?

A pesar de los esfuerzos de los científicos políticos, en la actualidad la sabiduría acerca de la política es escasa. Gran parte de la política moderna es, en la superficie, una política abolicionista.

Está dedicada a esfuerzos para eliminar cosas: abolir la guerra, las armas nucleares, la injusticia, abolir la tiranía y el apartheid. Aquellas cosas que demanden un cambio fundamental y describen típicamente la existencia de un sistema político con el epítome del mal, el peor sistema posible. Por lo tanto, todo contacto o cooperación con él debería evitarse. Por ello deberá ser totalmente

destruido. Esta es una simple y efectiva estrategia política. Enfocarse en el mal, en donde la maldad no puede ser negada, genera un ultraje moral, facilita la movilización política y encamina hacia una meta clara, simple y unificadora, mientras que evita la división en la edición de lo que debería reemplazar aquel mal. Si el sistema político existente es el peor sistema posible, entonces por supuesto, virtualmente cualquier medida, cualquier cantidad de violencia, es legítima para lograr derrocarlo.

El estudio de la política, sin embargo, muestra claramente que el proceso para hacer el bien requiere más que eliminar el mal. Es difícil imaginar sistemas políticos peores que los de Hitler o Stalin. Sin embargo, no importa qué tan malo sea determinado mal, siempre es posible uno peor y algunas veces es prometedor: como las más recientes infelices experiencias de Cuba, Vietnam, Camboya, Etiopía, Nicaragua e Irán, entre otras. Consecuentemente, los científicos políticos pueden ser solamente escépticos del reclamo o de la queja que, como un disidente chileno asentó: "No hay forma de vislumbrar algo peor que el General Pinochet", o el argumento de un oponente del apartheid en el que "el primer gobierno de Sudáfrica... podría escasamente ser algo peor" que el régimen actual. Y permítanme rápidamente agregar, para que esto no sea leído como una declaración política, que puedo fácilmente concebir peores sistemas que aquellos existentes en la Unión Soviética, incluso antes de que Gorbachev comenzara a cambiarla. De hecho, hace cincuenta años el Sistema Soviético era peor que el actual. El autoritarismo militar, la oligarquía radical y la dictadura comunista eran sistemas políticos malignos; pero la idea de que las cosas no podrían ser peores de como están en Chile, Sudáfrica, o la Unión Soviética, desafía a la lógica y a la historia.

Los reformadores políticos, sabios en el entendimiento de los caminos de la política, tratan por lo tanto de ser cautelosos en relación a las soluciones de la revolución y los revolucionarios. Este escepticismo ha sido ampliamente expresado en las declaraciones de tres notables reformadores democráticos contemporáneos de tres diferentes continentes, uno fracasado, otro póstumamente exitoso y el último ni fracasado ni exitoso. El primero, "Nosotros sabemos de nuevas revoluciones, grandes revoluciones y gente magnífica", dijo Lech Walesa, "quién después de hacerse cargo del poder, creó sistemas que fueron peores a los que él destruyó. No queremos cometer el mismo error. El segundo, "En una revolución" —dijo Be-

nigno Aquino en un discurso preparado para dictarse en el Aeropuerto de Manila— "no puede haber realmente vencedores, sólo víctimas. No tenemos que destruir para poder construir". El tercero, "Revoluciones sangrientas", Mangosutho Buthelezi advirtió: "peleadas en contra de la terrible opresión en Afganistán proporcionan automáticamente grandes mejoras."²

Existe una relación extremadamente estrecha entre la ciencia política y un tipo especial de reforma política. Alguna vez mencionó Robert Heilbroner que es imposible tener economistas en ausencia de relaciones comerciales y que era el desarrollo del sistema mercantil en tiempos modernos lo que, dicho por él, "hizo surgir a los economistas." De haber vivido Adam Smith en una era más temprana, dice Heilbroner, "pudo haber sido un gran filósofo moral", pero "no hubiera nunca podido ser un gran economista; no hubiese habido para él nada qué hacer". (1980, 18, 27).

De manera similar, puede argumentarse que es imposible tener científicos políticos a falta de una participación política. En una sociedad en la cual no hay participación, ni competencia por el poder, los científicos políticos no tendrían nada qué hacer. Consecuentemente, no es sorprendente que la propensión del mercado tiende a prevalecer entre los economistas y una participación o propensión democrática entre los científicos políticos. Hay economías inútiles para los economistas, así como políticas autoritarias para los científicos políticos. La conexión entre la democracia y la ciencia política ha sido estrecha y continua. En ninguna parte fue esta conexión más significativa en el evento cuyo aniversario número 200 celebramos este año. Los hombres que se reunieron en Filadelfia en el verano de 1987 fueron, de acuerdo con la afortunada frase de John Roche: "una reforma nacionalista de la reunión electoral". Eran políticos democráticos luchando para imponer un compromiso pragmático que crearía un gobierno nacional fuerte y además sería aceptado por la gente de los estados (1961, 799). Así como Austin Ranney enfatizó en una ocasión hace doce años, Washington, Hamilton, Adams y Jefferson, todos enfatizaron la importancia central del estudio de la "ciencia política" y la "ciencia del gobierno" para el trabajo al que estaban comprometidos de crear una nueva nación (1976, 141-43).

² Lech Walesa, entrevista con Neal Conan, 5 de febrero de 1985, Radio Público Nacional; Benigno Aquino, discurso, *New York Times*, 22 de agosto de 1983; Chief Mangosuthu G. Buthelezi, "Disinvestment is Anti-Black", *Wall Street Journal*, 20 de febrero 1985.

En una reunión en Harvard en el año en el que la Constitución fue ratificada, se votó mencionando "es más necesario en una República que en cualquier otra forma de gobierno que los jóvenes sean instruidos en la ciencia política" (William Coolidge Lane, citado en Crick 1959, 5).

La creación de una república y el desarrollo de una democracia hacen surgir a la ciencia política y a los científicos políticos. En ninguna parte se da la relación como en países como Alemania e Italia, que antes de la Segunda Guerra Mundial tenían una fuerte tradición de becas en historia, teoría social, y sociología, pero no en ciencia política. Así como Hans Kastendiek ha enfatizado en su estudio acerca de Alemania.

Debido a la estructura de la política en el siglo XIX y las relaciones de poder político que fueron reflejadas en el sistema académico, las condiciones para una ciencia política distinta simplemente no existieron... El surgimiento de la disciplina después de 1945 se debió a específicas constelaciones políticas... "construir la democracia" e instalar una ciencia política distinta son necesidades directamente conectadas una con la otra. (1987, 26).

Es por esto que Bernard Crick equivocó el título de su famoso libro acerca de nuestra disciplina. No existe una ciencia política americana, hay una ciencia política democrática, la cual se desarrolló primero y llegó a su máximo nivel en los Estados Unidos por que este país fue el primero en tener una democracia completa en el mundo moderno. Esta ciencia es una ciencia universal en la medida en que la democracia es un sistema universal de gobierno. Donde la democracia es fuerte, la ciencia política también lo es; donde la democracia es débil, la ciencia política es débil. Las sociedades autoritarias pueden producir y en algunos casos han producido ganadores de premio Nobel (físicos, biólogos, novelistas y estadistas), pero no producen importantes científicos políticos. El surgimiento de la democracia impulsó el desarrollo de la ciencia política, y el desarrollo de la ciencia política puede y en algunos casos ha contribuido al surgimiento y estabilización de la democracia.

Desde 1974 han habido dictaduras que han dado forma a democracias en muchos países incluyendo Portugal, España, Grecia, Turquía, Ecuador, Brasil, Argentina, Uruguay, Perú y las Filipinas. Ahora se vive un periodo de transición en la República de Corea, modestos pasos hacia la expansión de la participación política se han llevado a cabo en Taiwan. Aún en otros países que gozan

de tranquilidad política, las elecciones parecen haber adquirido nueva popularidad. Sin dar marcha atrás, todos estos presagios son buenos para el futuro de la democracia y para el futuro de la ciencia política. Los científicos políticos están únicamente calificados para estudiar estos procesos, procesos de cambio, para conducir las generalizaciones y las lecciones, para sugerir formas en las cuales este conocimiento puede ser aplicado a los países donde la democracia está por realizarse. Muchos científicos políticos, incluyendo a Linz, Stepan, Lipset, Diamond, O'Donnell y Schmitter, así como otros, han respondido a este desafío y han llevado a cabo estudios que agregan a nuestro entendimiento de las condiciones y procesos de democratización, de manera importante. (ver Diamond, Linz y Lipset. Linz y Stepan 1978; y O'Donnell, Schmitter y Whitehead, 1986).

No puedo resumir sus descubrimientos aquí y no intentaré avanzar en ningún análisis sistemático mío, pero sugiero que la lección más importante de la historia de la democratización es aquella en la que lo difícil no es la determinación de un régimen no democrático, sino el desarrollo de instituciones democráticas estables. En este proceso, la ciencia política, si se le da oportunidad, puede jugar algún pequeño papel constructivo. Permítanme ilustrar esto con tres casos contemporáneos.

Brasil es probablemente el más notable ejemplo de democratización introducida por la élite militar que convirtió y verdaderamente apoyó la necesidad de impulsar la democracia.³ En 1973 Brasil era una dictadura militar, en 1985 era una democracia. El genio de la transición brasileña es el localizar virtualmente imposible y con precisión el tiempo durante los doce años cuando Brasil dejó de ser una dictadura y se convirtió en democracia. La transición brasileña hacia la democracia fue en muchos aspectos una obra maestra de incrementalismo ofuscado. La ciencia política jugó un modesto papel en este proceso. La guía militar que dirigió la transición estaba consciente de las experiencias de otros países, y sensible a la primer necesidad de animar la "descomprensión" y la "apertura" de su sociedad, así como minimizar la probabilidad de una extrema polarización y un levantamiento violento, y segundo, proceder con cambios graduales, a menudo sobre bases en las que se dan dos pasos adelante y un paso atrás, así para lograr la democratización, como el presidente Geisel dijo:

³ Ver, en general, el estudio realizado Skidmore n.d., especialmente los capítulos 6,7.

"lenta, gradual y segura". La figura militar más importante que guiaba la democratización era el general Golbery, quien fue miembro por muchos años de la Asociación Americana de Ciencias Políticas. El presidente, junto con otras figuras claves en el proceso de democratización, solicitó el consejo de los científicos; y una generación más joven de científicos políticos brasileños —quienes gracias a la Fundación Ford, habían sido formados durante los sesentas en Stanford, UCLA, Harvard, MIT, Michigan y otros lugares— jugaron papeles activos en el desarrollo y articulación de ideas que fueron centrales para el proceso brasileño.

Por algunos años China se ha sometido a reformas económicas, algunas de las cuales son muy difíciles de alcanzar. Estos cambios incitan, naturalmente, la pregunta de qué tan significativas serían las reformas políticas subsecuentes. El autoritarismo centralizado del sistema político en el Estado chino ha tenido, sin embargo, su correlación en el subdesarrollo de la ciencia política. Las principales universidades no tienen departamentos de ciencia política, como tal. Lo que se determina como ciencia política hasta ahora ha sido generalmente limitado al estudio de sociedades y administración pública de países extranjeros. Kent Morrison menciona que uno de sus estudiantes graduado en la Universidad de Zhongshan en Guangzhou mencionó en 1984: "pienso que ser un científico político en China es muy peligroso". (Morrison y Thompson 1985, 1). Tiene razón el estudiante, ya que últimamente la ciencia política puede ser muy peligrosa para el régimen chino. Sin embargo, el gobierno chino está enviando en este momento cientos de estudiantes graduados a Estados Unidos para estudiar ciencias políticas. Inevitablemente, estos estudiantes también aprenden la democracia. Aparentemente, los líderes chinos tendrían ya sea que aceptar una nueva ideología masiva en su sociedad, o tendrían que encontrar un lugar en su sociedad para un grupo de estudiantes más inteligentes, articulados y mejor conectados que empujen constantemente para encontrar el verdadero significado de la democratización, o tendrán que expandir sus sistemas de prisión. (En la Unión Soviética, debería mencionarse, que lo que se determina como ciencia política continúa en estado primitivo. El trabajo de la ciencia política soviética ha sido, sin embargo, estrechamente asociado a los esfuerzos para reformar el sistema soviético y difundir su participación en el mismo (Hill, 1980; también Brown 1986, páginas 466-69).

Una prueba del significado de un compromiso de Gorbachev con la *glasnot* y con la democratización, será la medida con la cual los escolares soviéticos tendrán permiso de desarrollar una verdadera ciencia política empírica, para ampliar sus contactos con científicos políticos de Occidente, e importar elementos de la ciencia política de Occidente en sus investigaciones y enseñanzas.

Probablemente en este momento en ninguna parte del mundo es más relevante la ciencia política que en Sudáfrica. Gran parte del debate sobre el futuro sudafricano ha sido conducido en términos de conceptos e hipótesis de la ciencia política.⁴ Los científicos políticos —blancos— han estado a la vanguardia de todos aquellos que trabajan para terminar con el apartheid y para compartir el poder entre los grupos raciales. Lo que ha sido más dramático y trágicamente omitido en este debate, han sido las voces de los científicos políticos negros. La razón es que casi no existen. Sin embargo, seguramente los científicos políticos negros deberían y podrían hacer una contribución mayor al futuro desarrollo político de su país. Reconociendo esta necesidad, el año pasado el Consejo de nuestra asociación hizo una propuesta, tomando como modelo el programa de 1960 del presidente Ford para Brasil, de traer estudiantes negros de Sudáfrica a las universidades de los Estados Unidos para graduarse en ciencias políticas. Estoy feliz de decir que la Fundación Ford proveerá una cantidad substancial para comenzar este programa el año entrante.

Deng Xsao Ping y Mikhail Gorbachev pueden ser reformadores, pero está claro que ninguno tiene intención de abandonar el monopolio de poder del partido comunista de su país. Similarmente, P. W. Botha ha hecho reformas significativas en el sistema de apartheid sudafricano. Estas reformas políticas, sin embargo, han sido seguidas por una intensa y algunas veces viciosa repetición; y no hay signos de alguna intención de disminuir la fuerza del Partido Nacional en el poder. En los tres países la intención de las reformas es fortalecer la existencia de los sistemas actuales, no cambiarla. Bajo estas circunstancias, la cuestión es ¿cómo pueden los reformadores democráticos explotar las oportunidades ofrecidas por las reformas preservativas para promover un cambio más significativo? Un notorio caso histórico donde el ejercicio de reforma preser-

⁴ Ver, por ejemplo, República de Sudáfrica, en especial los capítulos 3 y 4 y el papel central que la teoría de la "Consociational democracy" de Arend Lijphart ha jugado en las discusiones acerca de las posibles soluciones políticas en Sudáfrica. Lijphart (1985) aplica su teoría específicamente a ese país y proporciona también una amplia bibliografía sobre el tema (p. 137-171).

vativa se llevó a cabo fue la convención constitucional de 1787. Dicho proceso ha sido tal vez el más aproximado a los esfuerzos actuales de 1986 en la elaboración de una constitución llevada a cabo en Sudáfrica.

Durante ocho meses más de cincuenta representantes del gobierno de la provincia Sudafricana de Natal, del gobierno de los Zulu de Kwa Zulu, y más de otras treinta organizaciones representando todos los grupos raciales sudafricanos, se reunieron en Durban y elaboraron una Constitución para la integración racial y un sistema democrático del gobierno para dicha región de Sudáfrica.

Como en Filadelfia en 1787, las provisiones de la mayoría gobernante tuvieron que ser reconsideradas con la necesidad de proteger los derechos de la minoría. Como en Filadelfia se hicieron frecuentes referencias a las lecciones de ciencia política y a las experiencias de otras sociedades. Como en Filadelfia, pocos delegados no firmaron el documento final, pero cerca del ochenta por ciento lo hicieron. Al igual que en la Convención de Filadelfia, el Durban Indaba fue atacado tanto por la izquierda como por la derecha (por los revolucionarios del Congreso Nacional Africano y sus grupos al frente por un lado y por los acérrimos Afrikaners del otro). Como en la Constitución de Filadelfia, el acuerdo sobre la Constitución Durban fue disminuido por la anticipación de que una persona ampliamente respetada (en este caso el jefe Buthelezi) se convertiría en el jefe ejecutivo de un nuevo gobierno. Así como en la Constitución de Filadelfia, la Constitución Durban también necesita ser ratificada. En este caso, sin embargo, la ratificación significa la aprobación no de la Asamblea del Estado, sino del gobierno nacional. Hasta ahora dicha aprobación no ha sido negada, pero tampoco ha sido aceptada. No queda claro que incluso la lógica persuasiva de Hamilton, Madison y Jay pudieran lograrlo; pero es posible que las tercas negociaciones entre los partidarios de Indaba y el Partido Nacional puedan permitir alguna versión de las instituciones propuestas. Este esfuerzo de cambio constitucional ha sido virtualmente ignorado en los Estados Unidos. Reuniones más cercanas dedicadas a la dramática negociación y el proyecto requeridos para la reforma política no consiguen una buena formulación para los medios de difusión; tampoco proporcionan la oportunidad, como lo hace la brutalidad y el encadenamiento de la policía, con relación a las expresiones de ultraje moral en la maldad del apartheid. La constitución Durban no es una solución a los traumas de Sudáfrica.

Dentro del contexto de esta provincia, sin embargo, existe un constructivo y alentador esfuerzo para crear instituciones democráticas para remplazar el apartheid. Como en la Constitución de Filadelfia, es un compromiso producir practicantes políticos informados por el trabajo de la ciencia política para reconciliar los intereses y principios en conflicto.

Empecé estos comentarios con la sugerencia de que los científicos políticos, en términos generales, quieren hacer el bien y después argumentan que existe una conexión cercana entre la ciencia política y la reforma política y un tipo de reforma política; es decir, la democratización. Permítanme terminar enfatizando la lección central del estudio de lo que la política ofrece a aquellos que desean llevar a cabo una reforma política.

El Ejército de Salvación tiene un lema: "Salven al mundo, un alma a la vez, (de alma en alma)". La ciencia política ha ayudado, puede ayudar y debería ayudar a salvar al mundo mediante un proceso de entendimiento de la política, iluminando la factibilidad y consecuencias de los arreglos alternativos del gobierno, y por la apreciación de un aumento de las potencialidades y límites del mecanismo político. La lección fundamental del estudio de la política es que no hay atajos para llegar a la salvación política. Si el mundo deberá ser salvado y crear instituciones democráticas estables, esto se hará a través de un incremento en la reforma política puesto en práctica por hombres y mujeres realistas en el espíritu de de-alma-en-alma. Este es el mensaje sobrio y alentador de nuestra disciplina.